

Fascista de la hispanidad; hacedor, en verso, de un mundo donde impera la armonía, Cuadra buscaba conciliar imposibles: una poesía paisana, nacional, que fuera arma antiyanki. Una poesía trascendente, del renacido medievalismo cristiano, del imperio basado en la jerarquía y en la caridad, universal y católico, y que en la hermandad de los veinte pueblos americanos, desplazaría la infección materialista y el bacilo comunista, bajo la égida de España. Al mismo tiempo, en su patria, regímenes como el de Anastasio Somoza García ascienden al poder en 1937. Anastasio Somoza García, casado con Salvadorita, la hermana de la Margarita Debayle, cantada por Rubén Darío, y sobre la cual Pablo Antonio Cuadra recuerda la frase, dicha por el propio Somoza: «La gente cree que soy el duro. La arreacha es mi mujer». Somoza, ese hombre astuto y ladino, que aprendió inglés en la calle, contador de chistes y bailador de tango, que deslumbró a la mujer del embajador norteamericano, será respaldado por Cuadra en su ascenso a la presidencia. Luego pondrá preso a Cuadra, acusándolo de difundir propaganda sandinista y censurando sus publicaciones, como es el caso de *Trinchera*.

Amargas ironías de esa relación poesía-poder, que han llevado a Cuadra a decir: «El más fuerte obstáculo contra mi ser y mi quehacer fue ese demonio del siglo XX: la política». La tentación totalitaria, sea en dictaduras de derecha como de izquierda, que al luchar contra la intervención extranjera en su patria, lo lleva también a buscar una tercera vía, y, años más tarde, ante la consolidación del régimen de Somoza, a exiliarse en México en 1945, voluntariamente. Era necesario avanzar, rectificando los errores del pasado, y todo ello entre farsas y vanidades. Para ello encuentra una columna firme, en medio de tanta ruina: Cristo. Y una veta que si bien había criticado desde su furor hispanista, el indigenismo, ahora le entrega sus tesoros: las culturas prehispánicas, la religiosidad del indio, su sentido del tiempo, la abuela que habla desde las pirámides, con un toque mágico, y el misterio de esas civilizaciones incompletas —mayas, incas, nahuas— en las cuales unas culturas excelsas conviven con políticas mediocres. Los años perdidos para la poesía en aras de la política podían ser recuperados cumpliendo la profecía de Darío y realizando la poesía que él no había realizado: la poesía del indio. La sintaxis nahual, la lengua mestiza, lengua franca que sirvió para unificar las lenguas indígenas, con el aporte español, y gracias a la cual los muleros, de México a Nicaragua, se entienden en esa jerigonza inicial. También sus travesías por el Gran Lago de Nicaragua, cada semana, le concedieron un bagaje muy amplio de escenas, tipos y acciones, que su poesía ulterior recuperará, cumpliendo lo que Eduardo Cote Lemus dijo sobre su trabajo: «En los poemas de Pablo Antonio Cuadra siempre sucede algo».

Por ello, el propio Cuadra, en una entrevista, ha dicho: «Resulta que al indio lo andamos adentro. Debemos hacerle hablar, darle la palabra, recreando sus grandes mitos, sus grandes logros poéticos. O partir de ahí»<sup>2</sup>. Partiría de ahí, de nuevo. Renacería, una vez más, en la certera síntesis indígena-cristiana. Buscaría la voz coral, el poema mítico y místico que encierra evolución e historia, grandes símbolos y vidas cotidianas. Cultivaría el teatro, como el rescate de *El güegüence o macho ratón*, primer teatro mestizo de burla del gobernador español, y se afanaría por el estudio del legado nahua. Escribiría ensayos, dibujaría, promovería revistas, como *El pez y la serpiente*, cuyo primer número aparece en febrero de 1961 y que hoy lleva 30 publicados, y continuaría con su obra y poética, la cual experimenta un gran salto cualitativo, en precisión y anchura. Su voz reunía a muchas voces.

### «Criaron gigantes para gemir bajo su peso»

En un poema del año 1965, «La pirámide de Quetzalcóatl», Cuadra escribe este verso, y antes había dicho: «Volverán a confundir el orden/ con el temor. En vano/ despeje sus corazones de la oscura servidumbre».

En 1954 había regresado a Nicaragua, donde Pedro Joaquín Chamorro le ofrece dirigir el diario *La Prensa*. El poeta, que escribe a mano, es nuevamente vencido por el periodista, que escribe a máquina y que tiene que educar los nervios para la intranquilidad y el miedo, en la línea de fuego, tal como él mismo lo ha dicho, al referirse a su larga lucha antisomocista, en la cual trató de no confundir el compromiso personal con la obra, aunque aquél no dejara de asomar, con gran intensidad. Había aprendido en la poesía norteamericana, de Pound a William Carlos Williams, las virtudes demolidoras de la síntesis epigramática, como en estos diez certeros versos:

#### En el calor de agosto...

Como las rondas de ángeles que Fra Angélico pintó junto al establo,  
vi a los excitados y pequeños pájaros lacustres  
danzar con ingenua alegría  
alrededor del cadáver de la serpiente,  
como si el mar hubiera con su muerte terminado para siempre.

Así el pueblo saltó a las calles jubiloso agitando banderas,  
creyendo que un solo hombre resumía su daño,  
danzando al sol  
mientras en la grieta oscura de uno o dos corazones  
calladamente anidaba la nueva tiranía.

El 10 de enero de 1978, a las ocho de la mañana, un atentado contra Pedro Joaquín Chamorro, treinta balazos en el pecho, termina con la vida de su amigo y compañero de luchas. Temeroso de encontrar las instalacio-

<sup>2</sup> Miguel Cabrera: «Entrevista con Pablo Antonio Cuadra», Palimpsesto, Revista de Creación, Carmona, Sevilla, N.º 4, otoño de 1991, pág. 50-53.

nes del diario en manos de la Guardia Nacional de Somoza, comprueba cómo el pueblo las defendía. La poesía había vencido. Esa noche comenzó la insurrección popular. «Durante meses tensos, estuvimos en la mira de los fusiles. Como en los corridos de Adelita, Somoza nos atacó por tierra, aire y mar», recuerda Cuadra, con el seco humor de quien ya se sabe de vuelta, pero aún así continúa luchando. Por ello, por participar de nuevo en un mejor destino para su país, padecerá de nuevo persecuciones y censuras. *La Prensa*, por ejemplo, en el primer año del régimen sandinista, será censurada cuarenta y dos veces. Ante el anuncio que incluyó, «Prohibido prohibir», *Ventana*, órgano sandinista, junto con *Barricada*, respondió con «el musoliniano discurso de Fidel Castro: con la revolución todo, contra la revolución nada».

De nuevo una república de papel luchaba contra la borrachera de la propaganda. La liturgia política era cuestionada por la parquedad eficiente de la poesía, y un poema sabio y dúctil, como el referido al tiburón que anida en el Gran Lago de Nicaragua, demuestra cómo el cambio frustrado por los tres Somozas, y el fracaso del sandinismo, no cegaban la capacidad de un poeta para ir más allá de la historia. «El poeta es un poco el antihistoriador». El poeta, añade, «debe concederle voz al anónimo, al sufriente, al paciente, a la otra historia». Y para ello ponía en sus versos, como en el caso de «El Jenisero», incluido en *Siete árboles contra el atardecer* (1980), líneas como ésta:

—«Qué es la historia patria sino opiniones con rifles».

La historia era algo más que eso. Un continuo estar alerta, un perenne vivir al borde del riesgo. Uno de sus poemas lo dice mejor:

Es conveniente  
es recto  
que el marinero  
tenga cogidas  
las cosas por su nombre.  
En el peligro  
son las cosas sin nombre  
las que dañan.

Cuadra, al poner nombre a las cosas de su Nicaragua natal, al haberlas universalizado, en su generosa visión americana, ha hecho el bien que debe hacer la poesía: mantener vivo el idioma, no eludiendo la mentira, pero sí sabiendo que la verdad del lenguaje pulveriza las tortuosas falsificaciones del poder y la historia, su irreprimible afán de mantener, al costo que sea, imágenes adulteradas. Cuadra, por el contrario, ha devuelto a la realidad su rostro. Desde la retaguardia sigue siendo el más vanguardista de todos. El que mantiene más limpia la mirada. Como buen vanguardista, ha conservado innovándola la mejor tradición: la que nace con Rubén Darío.

**Juan Gustavo Cobo Borda**

\* Esta aproximación a la obra de Pablo Antonio Cuadra, quien obtuvo el Premio Gabriela Mistral otorgado por la OEA, se basa en conversaciones sostenidas con él en Los Ángeles y México y en el imprescindible libro de Jorge Eduardo Arellano: Pablo Antonio Cuadra: Aproximaciones a su vida y obra, Managua, Instituto Nicaragüense de Cultura, 1991, 112 páginas.

La obra de Cuadra, en varios volúmenes, ha sido editada, por Libro Libre, de San José, Costa Rica. Su poesía abarca siete tomos, publicados entre 1983 y 1989.

Dos antologías me han sido de utilidad:

Nueva Poesía Nicaragüense. Introducción de Ernesto Cardenal. Selección y notas de Orlando Cuadra Downing. Madrid, Seminario de Problemas Hispanoamericanos-Instituto de Cultura Hispánica, 1949. 512 páginas.

Poesía Nueva de Nicaragua. Selección y prólogo de Ernesto Cardenal. Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1974. 418 páginas.

Ver también J.G. Cobo Borda: Antología de la poesía hispanoamericana, México, Fondo de Cultura Económica, 1985. 518 páginas.



Manuel Altolaguirre,  
sentado en la playa.  
La Habana